

terráneo y las olas de color de esperanza trocábanse paso á paso, de color de oro y después de color de sangre. Disputaban los turcos en su algarabía y jadeaban en los bancos los pechos hondos de los galeotes. Mirando al mar con desconsolados ojos, Miguel lloraba sin lágrimas su libertad perdida.

CAPÍTULO XIX

ENTRADA EN ARGEL.—PRIMEROS INTENTOS DE FUGA Y DE RESCATE.—LA VIUDEZ DE DOÑA LEONOR

“En Africa no hay más que dos puertos, que son Junio y Julio». Estas palabras del viejo marino Andrea Doria al Emperador, las había confirmado Miguel con harto dolor de sus huesos y de su alma en las inútiles intentonas marítimas hechas por D. Juan para salvar á la Goleta, y nuevamente las certificaba ahora, mientras los cabeceos y bandazos de la galeota que mandaba el griego Dalí Mamí le arrancaban de su dolorosa meditación.

El mar en la costa de Argel era entonces la mejor defensa de la plaza. Siempre alborotado y fosco, era menester para tomarle y acercarse con bien á la bahía haberle domado y haber sufrido sus zarpazos hartas veces, como le pasara al dicho arraez griego y á su jefe el capitán de la mar, Arnaute Mamí. De éste sabía algo Cervantes, pues su fama y reputación de marino, de hombre cruel y de resuelto capitán eran grandes en el Mediterráneo. Arnaute Mamí era albanés, como se ha dicho, y renegado, que es cuanto puede ponderarse su inhumanidad y su fiereza. Gobernando á Argel, por el Gran Turco, Arab Amat, en 1572 ó 73, fué Arnaute capitán de la mar, nombrado por su pericia de navegante: pero Arab Amat se desabrió con Arnaute y le depuso, siendo necesario que éste empleara todas sus influencias en Constantinopla para verse restablecido en su cargo y lograr la destitución de Arab. Arnaute estuvo en la Goleta con Uluch Alí y, fuera del aprecio en que oficialmente se le tenía, era muy estimado de

los corsarios á sus órdenes, porque no reparaba en el reparto de la gálima, que era el botín y esclavos que se cogían, en la cual por juro de su cargo le pertenecía una parte por cada quince. Arnaut Mamí, sin dejar de hacer su negocio, conocía que con gente maleante y codiciosa como los arraeces y corsarios á sus órdenes, no se había de extremar la exigencia ni de apurar el derecho.

Mientras las galeotas navegaban, se había repartido la gálima y tocó á Miguel caer en manos del cojo Dalí Mamí. Manos espartas le registraron y pronto dieron con las cartas de Don Juan de Austria y del duque de Sessa. La firma de Don Juan era tan conocida que verla y llenarse Dalí Mamí de contento fué todo uno. Sin duda, aquel cautivo, como su presencia acreditaba y argüía su valor, patente en la señal honrosa de la seca y destrozada mano, era un caballero de suposición y de gran rescate, á quien convenía tener á buen recaudo. Los ojos codiciosos del griego recorrían de pies á cabeza á su esclavo, justipreciándole ya desde el primer momento. Pronto, por orden suya, dos argollas apriaron sus muñecas, y sendas ajorcas de hierro sus tobillos: quizá el odioso y humillante pié de amigo oprimió su garganta y le forzó á mirar al cielo cuando más gana tenía de clavar los ojos en tierra, pidiéndola que, piadosa, le tragase. No contento con semejante alarde, el renegado Dalí Mamí puso á Miguel guardas de vista, conociéndole acaso en el brillo é imperio de la mirada que con ella podría dominar á sus compañeros de cautividad y comunicarles sus pensamientos.

No caía todos los días en manos de los corsarios argelinos un caballero de quien dijese Don Juan bajo su firma lo que de aquel. Y véase cómo el paralelismo de ambas vidas heroicas siguió en la adversidad cual en la fortuna. Fué la sombra de Don Juan desde entonces funesta á Miguel, sin que éste lo conociera hasta pasados muchos años. Hubiéranse perdido las cartas y quizá él no habría sufrido lo que sufrió: de fijo su rescate hubiera sido más fácil y pronto.

Miguel reflexionaba todo esto, midiendo el mar alborotado, con sus ojos tristes. Los forzados cristianos que iban al remo le

miraban hoscos y encoraginados, pues calculaban ser Miguel un señor principal que en breve volvería rescatado á la patria. Como ya le había ocurrido, como ocurre á todas estas grandes almas pensadoras, recordó Miguel en aquel nuevo y terrible trance de la fortuna, no por común y habitual entonces, menos temeroso, una gran parte de su vida anterior. El sonsonete de cierta remota cantinela de camino, escuchada en la Mancha le rondó por los oídos, primero confuso y gironado, después claro y completo. Era la tonadilla de *la rama del laurel*, que aún se canta en las siegas y en las parvas, al encerrar el trigo y al llevarlo á la aceña:

De laurel es la ra-ama
de verde laurel
de laurel siempre ve-erde
como mi querer,
la rama del laurel;
prisionerito
mi amante en Argel,
¡Jesús qué dolor!
prisionerito,
cautivo está mi amor... (1).

La música lánguida y perezosa del cantar le arrancó de su meditación. Miró al mar, como si quisiera adivinar tras él la vasta llanura manchega, surcada por las pacíficas mulas y por los valientes asnos de ojos benévolos. Después miró á la costa, que iba acercándose. Al caer la tarde manchó las negras ondulaciones de la tierra una gran ciudad blanca, blanca, blanca. Divisáronse pronto las terrazas sin tejados: luego la gran mole de la Alcazaba, acrópolis, palacio y fortaleza de los turcos, después el alminar de la mezquita vieja de Sidi Abderrahman, gallardo y esbelto como una gran palmera blanca, fajado de azulejos relumbrantes verdes y amarillos, al fondo, hacia Sidi Ferrux, una cordillera de montes rojos como los cerros de alcaén que á ranchos cortan el horizonte manchego. Sobre el tono rojo ladrillo de las montañas, verdeaban las copas de las palmeras y azuleaban los bosquecillos de oloro-

(1) Véase la música al final de este libro.

sos áloes. Acercándose á la ciudad se veía hormiguar por cima de las terrazas una muchedumbre de blancas figuras femeniles que en la hora del crepúsculo se asomaban á aquellos sitios, únicos por donde comunicaban con el mundo. Con celos parecían mirarlas, surgiendo entre los blancos tapias, como cabezas de monstruos, las palmeras oscuras, ya cargadas de su fruto verde que á dorar comenzaba.

Aquello era "la ciudad de Argel, gomía y tarasca de todas las riberas del mar Mediterráneo, puerto universal de corsarios y amparo y refugio de ladrones que deste pequeñuelo puerto salen con sus bajeles á inquietar al mundo, pues se atreven á pasar el *plus ultra* de las columnas de Hércules y á acometer y robar las apartadas islas que, por estar rodeadas del inmenso mar Océano, pensaban estar seguras, á lo menos, de los bajeles turquescos". Y al escribir esto Miguel en el *Persiles*, muchos años después, dejaba traslucir algo que no ha sabido notarse, y es la secreta admiración que sentía por aquellos audaces nautas, héroes y ladrones quienes, sin estar sino muy á la ligera sujetos á poder ó fuerza organizada, sin obedecer casi ley alguna, eran dueños del mar, espanto de las naciones más poderosas y coco de todos los poderes, desde el espiritual del Papa hasta el comercial de los venecianos y genoveses, sin excluir el inmenso é incontrastable poder español que abarcaba el mundo entre sus brazos.

Miraba Miguel á su amo el griego Dali Mamí, y aun odiándole, como odia, por ley natural, todo esclavo á su señor, encontraba en él no sabemos qué rasgos del prudente Ulises, su paisano, máestro de andanzas y marítimas caballerías. Dali Mamí, Arnaute y todos los demás corsarios, mezcla de caballeros de ventura y de jefes de bandidos, eran la fuerza irregular y revolucionaria que trastrueca las normas y los órdenes aceptados y establecidos universalmente, que subvierte la propiedad, amenaza el sosiego de los pacíficos comerciantes y perturba la calma de las familias burguesas de entonces, pues sólo en España había á la sazón treinta mil hogares que lloraban otros tantos hijos, hermanos ó esposos cautivados en Argel y no quedaba pueblo ni aldea en que alguna moza no repitiese llorando el triste estribillo:

Prisionerito
mi amante en Argel
¡Jesús que dolor!.....

Tales hombres, en pugna con toda la cristiandad, no eran de fijo unos hombres vulgares, y Miguel, que había visto á uno de ellos, al nieto de Barba-roja (en el memorable ataque de *La Loba*, de D. Alvaro de Bazán), cortar de un golpe el brazo derecho al espalder que iba á popa marcando la marcha con su remo y empuñar el brazo sangriento y caliente aún, como si fuera rebenque y empezar con él á latigazos en las espaldas de los otros galeotes; Miguel, que ya presenciaba otros hechos como este de ferocidad y de codicia inauditas, comprendió desde aquel instante que entraba en un infierno de pasiones primitivas llegadas al salvajismo, en un mundo nuevo para él, en donde no se conocía la piedad ó tal vez en donde no se manifestaba que existiese, pues ya iba Miguel percibiendo cuán poco humana cosa es la compasión. Si en todos lados valía poco la vida, según Miguel había aprendido en la batalla, lo que es en aquel reino de la brutalidad y de la injusticia, convenía desde el principio, no estimarla en nada y estar resuelto á desprenderse de ella por la más fútil ocasión. Perdida, sabía Dios por cuánto tiempo, la libertad, no quedaba en el juego más envite que el de la existencia, y quien mejor supiera arriesgar esta sola baza posible, sería el que más pronto recobrase lo que anhelaba.

Entre juramentos y golpes del arreaez y de los cómitres que le obedecían y entre gran algazara de la chusma, se efectuó el desembarco. Siempre que volvían galeotas de caza, y mayormente si eran las del capitán de los bajeles, bajaba á presenciar el desembarco la muchedumbre desocupada que en Argel había.

Aunque habituado á la cosmopolita algarabía del puerto de Nápoles, no había visto Miguel jamás tan variados tipos de gentes ni escuchado tan distintas y conturbadoras voces como las que allí se veían y oían. Había esclavos, militares, marinos y comerciantes de todas las razas; mercaderes de todas las mercaderías; renegados de todas las religiones; vendedores y vendedoras de todos los placeres y vicios; judíos haraposos, turcos sucios y rozagantes; grie-

gos dicharacheros y alegres, caballeros de Malta, frailes de la Merced y de la Trinidad, ricos y lujosos banqueros florentinos, barceloneses y valencianos y multitud indefinida y curiosa que acudía á ver á los cautivos como á una parada ó procesión. Todos los ojos reparaban más atentos en quien más cadenas arrastraba, pues era costumbre infligir mayores afrentas á quienes se suponía ser personajes de elevada condición. Todas las miradas, pues, se dirigían á Cervantes que, forzado á erguir la cabeza por el piedeamigo que le sujetaba el cuello, tenía que afrontarlas sin remedio; y había entre ellas miradas frías y calculadoras, las de los judíos que tasaban el valor del prisionero y le consideraban codiciosos; y otras de curiosidad, las de los cristianos que pensaban reconocer á un amigo ó á un pariente; y otras procaces y livianas, las de las mujeres del partido, armenias, egipcias y turcas que, descubierta la cara y pintados los labios de bermellón y de alheña las mejillas, imaginaban cómo pudieran darse buen tiempo con el gallardo cautivo; y otras miradas, en fin, las más, indiferentes y sólo brillantadas un momento por la curiosidad pasajera, y otras, porque nada faltase, hondas é inquietantes que negreaban misteriosas entre la blancura de las tocas de alguna mora principal encerrada que, por casualidad, había salido á solazarse á la marina.

El primer nombre que en tierra argelina escuchó Miguel fué el nombre de Don Juan. Gritábanle, haciendo cucamonas y gestos horribles y plantándose delante del cautivo inerme, escupiéndole á la cara, tirándole de las cadenas, arrojándole pelotillas de barro unos moritos de siete á doce años, negros, sucios, astrosos, procaces y entrometidos como micos, que, en coro y con extraña cancamurria, solían repetir á cuantos cautivos veían la misma desalmada muletilla:

Don Juan non venir,
Don Juan non venir,
Non rescatar, non fugir.
Acá morir, perro, acá morir,
Don Juan non venir.....

En Lepanto aprendió Miguel la primera lección de la bravu-

ra: en Argel la primera de la paciencia. Templóse, desde el primer instante, en tal horno el acero de su alma.

Fué aquella la adversidad grande que antes le salió al paso. Para colmo de desventura, volvía con trabajo la cabeza y veía en pos suyo, aherrojado también, á su hermano el mozo Rodrigo, á quien alcanzaba la pena sin haber catado la gloria. En tal punto, su alma creció como la de un cristiano de los primeros tiempos de la Iglesia. Resuelto á ser mártir, como ellos, entró Miguel en la prisión, donde como á cautivo muy principal se le tuvo sujeto con cadenas en las manos, con grillos en los pies, vigilado por guardias constantes.

La codicia de los corsarios agujoneaba su fantasía de hombres de azar y les hacía imaginarse duques, príncipes y generales á los simples soldados, ó cardenales y arzobispos á los humildes sacerdotes, como veremos que sucedió con el Doctor Antonio de Sosa.

En aquella primera época de cautiverio debió de sufrir tanto Miguel que, muy probablemente su amo, temiendo que se le muriese de melancolía tan valioso esclavo, hubo de darle mayor holgura y suelta. Quizás aprovechó Miguel las necesarias ausencias del corsario Dalí Mamí, quien por entonces andaba siempre ocupado en el mar, ganoso de adquirir un puesto de los tres de capitanes de los bajeles que poseían Arnaut Mamí y otros dos renegados. Ello fué—el mismo Miguel lo declara—“que llegado cautivo en este Argel, su amo Dalí Mamí, arraez renegado griego, le tuvo en lugar de caballero principal y como á tal le tenía encerrado y cargado de grillos y cadenas, y no obstante todo esto, deseando hacer bien y dar libertad á algunos cristianos, buscó un moro que á él y á ellos llevase por tierra á Orán y habiendo caminado con el dicho moro alguna jornada, los dejó y así les fué forzoso volverse á Argel, donde el dicho Miguel de Cervantes fué muy maltratado de su patrón y de allí en adelante tenido con más cadenas y más guardia y encerramiento.”

Esta fué su primera tentativa para recobrar la libertad. Por lo que de ella declara se colige que el encerramiento primero no debió de ser largo y esto se explica bien, no sólo por las razones

dichas, sino también por la escasa comodidad que las moradas argelinas ofrecían para guardar en ellas cautivos. No era Dalí Mamí hombre para gastar mucho dinero en la custodia ni en la alimentación de sus esclavos, ni tenía por casa un palacio, sino un miserable bochinche donde apenas podía almacenar las riquezas que de sus gálimas iba reuniendo, las cuales muchas veces eran armas, tapices y objetos de bulto robados en las cámaras de las galeras cristianas y que él no vendía á los regatones judíos pronto por no dejarles prevalerse de la ocasión. Pronto Miguel hubo de verse, como los otros cautivos, andando á ciertas horas por las tortuosas y pinas callejuelas de Argel, buscándose trabajosamente la pitanza, entrando en tratos y relaciones con los otros cautivos, quienes, según muchos de ellos declaraban, desde que le conocieron tuviéronle en estima de hombre superior y muy capaz de las mayores empresas.

De ellos fueron los alféreces Diego Castellano y Gabriel de Castañeda; de ellos el malagueño Juan de Valcázar; de ellos el escribano de Valencia, Antonio Marco; de ellos, señores tan nobles y linajudos como los caballeros sanjuanistas D. Antonio de Toledo, hermano del duque de Alba y D. Francisco de Valencia, noble zamorano, que á las órdenes de este gran general había servido; de ellos, en fin, el joven capitán talaverano D. Francisco de Meneses, héroe de la Goleta y bonísimo amigo de Cervantes.

En la cautividad se borraban por completo las diferencias sociales, no tan marcadas y hondas en aquellos tiempos, al menos exteriormente, como en el día de hoy. Ante la común desgracia, no había gentileshombres y plebeyos; agrupábanse en un lado las almas nobles y honradas, fuese cual fuera su extracción, y al otro se amontonaban, confusas, las vacilantes y flojas, prontas al cobardeo, y de las cuales salían tantos y tantos perjuros y renegados de su fe. Era este el gran peligro que los amos de esclavos temían. El siervo renegado era un sér sin provecho, sin energía para trabajar ni para nada útil; el renegado renunciaba á la idea de que le rescatasen; se hacía, por lo común, perezoso, tímido, harón, y lo que sobraba en Argel era gente desocupada.

En la banda de los buenos y valerosos se distinguió pronto

Cervantes, por cuanto en tal situación, no bastaba ser resuelto y decidido, si no se era además mañoso y hazañero. Por hombre hábil se fiaron de él y á sus arbitrios y recursos acudieron muy luego otros cautivos de mayor posición social, de más ilustre nombre y de más años y fama. La seducción que, por el prestigio de su palabra, ó por el arte de su discurso, ó por el imperio de su acento y de su presencia, ó por lo que fuese ejercía Miguel, sugestionó á todos aquellos hombres que esperaban su rescate y les empujó á seguirle y á obedecerle desde que le conocieron. Ved aquí al grande hombre puesto á prueba y notad el efecto que sus palabras y sus actos causan en quien cabe él se halla. Todos tienen fe en su talento, en su serenidad y en sus recursos. Poquísimo tiempo ha menester para señalarse y descollar él sólo, entre otros treinta mil hombres que se encuentran en su misma condición. Un día y otro ocurren, naturalmente, en Argel fugas y rescates, un día y otro por recursos arriesgados ó habilitados se libertan ó perecen en la intentona no pocos esclavos, pero sólo de las fugas emprendidas y organizadas por Miguel *pudiera hacerse una particular historia*, según testimonio fidedigno. No se crea que ensalzamos á Miguel como cautivo, mirando á Miguel como escritor; esas palabras son del P. Haedo á quien las obras de Miguel, si alguna conoció, no debieron de impresionar gran cosa; de seguro escribió todo lo relativo á Cervantes sin saber si era poeta ni ceder á ninguna influencia de la opinión. Es que Cervantes cautivo es un cautivo único, así como Cervantes soldado fué un soldado digno de que el propio Don Juan le conociera y protegiese. Para caer en la obscuridad y trivialidad prosáicas de la vida y hacer á diario cosas vulgares, fué preciso que muchos años de angustias y pesadumbres le obligasen á doblar la raspa.

En los primeros meses de 1576, el alférez Gabriel de Castañeda logró escapar á Orán. Llevaba una carta de Miguel para sus padres contándoles dónde y cómo se encontraban él y Rodrigo. La carta debió de llegar á Madrid mediado el año. En casa del pobre cirujano Rodrigo de Cervantes no había blanca de sobra. La pena ensombreció los rostros y atarazó los corazones.

El cuitado Rodrigo no sabía qué hacerse; recordó la deuda del licenciado Sánchez de Córdoba y procuró cobrarla. Pidió una información del cautiverio de sus hijos para que el Rey hiciese merced de algún dinero destinado al rescate. Estos recursos eran insuficientes, pesados, dilatorios. Mientras tanto, Miguel y Rodrigo podían ser víctimas de la ferocidad de sus amos.

Por fortuna, seguía concurriendo á la casa el ingenioso alguacil y grande amigo de la familia Alonso Getino de Guzmán, hombre fértil en trazas y arbitrios. Imaginó, llevado de su buen deseo, un recurso teatral, que él había leído en algún viejo librito de retórica ciceroniana. Hizo que doña Leonor de Cortinas se vistiese las tocas negras de viuda y, como si lo fuese, comenzara á solicitar en la corte alivio á la triste situación de sus hijos, cautivos en Argel y únicos sostenes de la familia; y aquella mujer, resuelta y varonil, que por algo era madre, y madre de tal hijo, se rebozó en su manto y mató moralmente á su marido. Getino de Guzmán, satisfecho de su invención, reía por anticipado al pensar cómo se reiría también su amigo Miguel, cuando se viese libre por arte de comedia é industria de dramaturgo.

CAPÍTULO XX

ARGEL POR DENTRO.—MULEY MALUC.—EL JARDINERO JUAN.
MIGUEL, REDENTOR.

Todo lo que era animación y batahola en la marina y puerto de Argel, era silencio de muerte en la ciudad. Lentas pasaban las horas en ella, sin el ruido de campanas que en los pueblos cristianos comparten la vida. Lentos trepaban por los retorcidos callejones los borriquillos de la azacanería que abastaba de agua al sediento vecindario. Lentas caminaban, por raro caso, á pie las mujeres, "cubierto el rostro con una toca, un bonetillo de brocado en la cabeza y una almalafa que las cubre de los hombros á los pies". Lentas sonaban mañana y tarde al cantar las azalas plañideras las voces de los mucines, repercutiendo de uno en otro alminar. Con mortal lentitud la carcoma iba royendo las maderas; el esclavo, limando los hierros en la mazmorra; la podredumbre, trabajando los cuerpos. Falta de aguas la ciudad y habitada por una muchedumbre de esclavos míseros, por batallones de infectos mendigos y por piaras de cerdos y escuadras de perros vagabundos, siempre había en ella peste blanca ó peste negra, bubones, disentería, sarna y todas las variedades de morbos infecciosos que el desaseo y la incuria crían. Los cadáveres, abandonados en las calles y putrefactos por las aguas del arroyo, eran festín á los perros y á los buitres y grajos que en bandadas acudían de los montes vecinos. En las plazas, formábanse charquetales y madrejones de aguas pútridas en donde cantaban sapos negros y por entre cuyo fango se escurrían sierpes verdosas. Parecía Argel una ciudad hecha de fábrica para la muerte, y las casas, con sus altos ta-